

# Dos cuentos

**ROGELIO GUEDEA**

Vidas paralelas

Él y ella, los viernes, suelen comprar una barra de pan blanco a la que le untan un poco de mermelada de cereza. Después, le enfundan al nene una gorra de almirante y unos zapatos lindos de marinero y toman el autobús en la esquina del jardín con rumbo a la laguna o al río estancado. Tienden un mantel amarillo sobre la hierba y mientras el nene juega a hacer ondas en el agua con pequeñas piedritas que coge de aquí y de allá, ella acaricia o besa el hombro de él, y él le responde con otra caricia o con un parece que va a llover, que es la forma en que él le dice a ella que la ama con un amor distinto pero siempre más profundo. Ella es tierna, ciertamente, y en sus ojos hay algo de campo abierto o de pájaro libre. Mientras el nene viene y come un poco de pan con mermelada y agua fresca de limón y luego se vuelve para hacer verdaderas fortalezas con pequeñas piedritas que coge de aquí y de allá, ella le habla a él de lo feliz que ha sido durante el tiempo que han estado juntos, y de lo protegida que se siente a su lado, y de lo segura también. Ella habla como si estuviera hablando con el alma misma y él escucha como si en su corazón sólo se anidara su voz, la de ella. Por la noche de ese viernes, nuevamente, ella dejaría dormido al nene en su cuna y él la despediría con besos tiernos y deseos de que le vaya bien y de que el número, su número estelar en el centro

nocturno en el que trabaja cada noche de cada día, le salga estupendamente y todos lo aplaudan, como siempre.

Mujer de alto vuelo

No puedo ver a una mujer sin imaginarme cómo sería mi vida junto a ella. Hago esfuerzos sobrehumanos para evitarlo, para persuadirme de que la mujer tiene otros ángulos, otros puntos de mira, otros paraderos, pero es inútil. Siempre termino pensando cómo sería mi vida con esa mujer.

Cuando embarqué en el avión que me trajo a Madrid, pensé –como casi siempre lo hago– que esta vez procuraría distraerme con el periódico o el libro que llevaba bajo el brazo. Quizá estiraría un poco los pies, me colocaría los audífonos y no me movería hasta no escuchar el anuncio de nuestro aterrizaje en el aeropuerto de Barajas.

Así lo pensé –como casi siempre lo hago–, pero cuando la sobrecarga me tocó en el antebrazo para preguntarme si la maleta ésa que había quedado fuera del compartimento era mía, el asunto cambió. Los ojos españoles de la sobrecarga y mis ojos se miraron como si se conocieran de vidas atrás. Ella me sonrió con una ternura indescriptible y yo le dije sí, gracias, como cuando una mujer ayuda al hombre que ama a subir un escalón o una cerca.

Lo que vendría después es largo de contar, porque está lleno de miradas, preguntas sobre esto y aquello, confesiones, sueños, deseos, respuestas entrecortadas, anécdotas, risas, un poco de ron y citas impostergables.

En un momento de la charla –ella era tan hermosa y había resuelto quedarse en el asiento de al lado– se acercaron tanto nuestros labios que seguramente llegaron a tocarse. No lo sé. Sólo recuerdo que, antes de desembarcar del avión, me vino el presentimiento de que ese adiós que salía de sus manos blancas me dolería para siempre.